

tarios don Francisco Novales con dos valijas: la una había tomado al puente de San Martín, junto a Daroca; la otra, a la Retuerta de Pina con dos correos de gabinete que venían de Madrid. El rey Carlos le hizo gracia de un oficio en Zaragoza de 100 doblones al año. Al mismo tiempo, recibió el rey Carlos aviso que el rey Felipe pasaba el puente de Fraga y se dirigía a Zaragoza. Llamó el rey a consejo, en cuyo tiempo tuvo duplicado aviso que, pasando el ejército, el puente se había roto. Discurrióse sobre marchar a atacar el cuerpo separado: respondió Starhemberg que conocía que aquel ejército estaba consternado y cansado, que quería atacar el todo, aunque costara más fatiga y sangre. Se mandó luego construir un puente sobre el Cinca para pasar la infantería y a las 4 de la tarde empezó a transitar. El mismo día muy tarde marchó el ejército en dos columnas hacia Candasnos y Peñalba. El rey Carlos el día 15 a las 3 de la mañana oyó misa.

El rey Felipe, pasado el reencuentro de Almenar, acampó su ejército: la derecha, al castillo de Gardeny; la izquierda, a Alcarrás. Manteníase esperando dos refuerzos; uno, de cinco regimientos de caballería que desde Andalucía marchaban por Valencia. Mandóse construir un puente sobre el Ebro a la parte de Mequinenza, Flix, Miravet y Morella, aumentando la guarnición. Se reforzó Tortosa con dos regimientos de infantería. Tuviéronse diferentes consejos, todos con diversidad de pareceres, y la altivez de Villadarias hacia crecer

[40r] el malcontento y su desgracia aumentaba el común aborrecimiento. Resolvió el rey quitarle el mando, y el 29 de julio escribió al marqués de Bay para que desde la frontera de Portugal marchase luego a encontrarle y a tomar el mando de aquel ejército, cuya carta, que se lee al fin (núm. 7) (a) informará al lector. Los días 29, 30, 31 entraron en el campo cuatro convoyes de la parte de Aragón y Valencia. Proveyóse de víveres por cinco meses la ciudad y castillos de Lérida y entraron de guarnición seis regimientos de infantería y 500 caballos. Diose el comando al teniente general conde Louvigni y decampó el ejército de Alcarrás. Los días 11 y 12 de agosto pasó el ejército a Fraga; hizo alto a la orilla del Cinca. El 13 pasó el Cinca. El 14 acampó en Torrente. El 15 marchó hacia Peñalba. Don Vicente Bacallar (1) dice: Era mucha la falta de víveres, habiendo sido vanas las esperanzas de los que los tenían a su cargo. Por eso se mudó el campo. A los españoles obligó la necesidad y el recelo de turbarles los convoyes. El 12 pasaron desde Lérida a Fraga. El ejército estaba consternado, parte enfermizo y la estación calurosa le tenía cansado, y estaba la gente con no poca aprehensión. Todo el ejército pasó por Fraga y Escarpe. Limiers y Quincy (t. 6, f. 501) dicen: El rey Felipe no juzgó conveniente desde luego abandonar las vecindades de Lérida, faltando víveres, pero aumentado su ejército con 4000 hombres, dio señal de buscar al enemigo. La verdadera razón que tuvo de decampar, a más de la falta de víveres, fueron los progresos de los aliados dentro de Aragón hasta Huesca y era de temer no le embarazasen retirarse por Aragón y el 9 de agosto mandó

(1) *Comentarios de la guerra de España*, f. 419.

(a) Véase p. 167.

construir dos puentes bajo Fraga. El 11 el rey Felipe tuvo aviso que el rey Carlos daba indicios de querer cortar la retirada por Aragón. El 12 se movió el ejército. Hallábase el rey Felipe algo indispuerto. El 13 pasó el ejército el Cinca sobre dos puentes. El 14 se acampó en Torrente y la noche del mismo día llegó el rey Felipe a Peñalba. Había resuelto hacer alto el 15 hasta

[40v] las 6 de la tarde. El ejército hizo una penosa marcha. El 15 muy de mañana se acampó en Peñalba, dejando un cuerpo para guardar los desfiladeros, que duran media hora. Sobre la marcha destacó dos regimientos de dragones para recobrar Huesca y conducir los víveres a Monzón, pensando podrían conseguirlo. Llegaron a vista de Huesca. Los voluntarios de Aragón batieron una partida. El 18, sostenidos de tres escuadrones ingleses y portugueses, les obligaron a retirarse hacia Zaragoza, haciendo 40 prisioneros. Los dos ejércitos habían disminuido la fuerza el del rey Felipe, con las crecidas guarniciones que había dejado en las plazas. El cansancio de las tropas en las incesantes correrías en la Cataluña y malsanos acampamientos, desertores y penuria, habían maltratado el ejército, de modo que según común opinión no excedía de 23.000 hombres. El de los aliados, aunque padeció escasez, no fue tanta, y fue mayor el descanso. No minoró mucho el ejército y dejó sólo en Balaguer 1500 infantes con el coronel conde Taffy y los regimientos de Shover, Zaragoza y voluntarios de Aragón a bloquear Monzón a la larga. Se computaba el ejército al pasar el Cinca de 23 a 24.000 hombres, y según Mr. de Quincy (t. 6, f. 421) era del todo de 24.000.

El rey Felipe, pasado el Cinca, marchó toda la noche del 14. El 15 los aliados hicieron adelantar ocho escuadrones de los regimientos de Dragones Reales, Morrás, Aragón y dos portugueses, seguidos de otros 20 a ocupar los desfiladeros de Peñalba, que son unas colinas por donde pasa el camino real. Hace la carretera giros. En partes hay estrechas llanuras, donde pueden formarse 200 hombres, en partes sólo 40. Este paso es de media hora. Los aliados, juzgando o no ocupados los desfiladeros o que las partidas avanzadas no serían numerosas, a las 11 horas del día 15 entraron en los desfiladeros. Fueron cargados con brío de los regimientos de Asturias, Rosellón, Pozoblanco, Órdenes Viejo y un escuadrón de las guardias flamencas. Los ocho primeros escuadrones de los aliados, que no tenían terreno para formarse, fueron deshechos y precisados a retirarse, y perdieron hasta

[41r] 70 soldados y algunos oficiales. Llegó mayor número en su ayuda. Penetraron las colinas por la derecha, izquierda y en el centro, que era el camino real. La infantería que estaba apostada en los recodos de los collados peleó con tesón y duró cuarto y medio la porfía. Los aliados añadieron fuerza, marchando a gran paso 20 compañías de granaderos. Retiráronse con ordenanza a Peñalba, donde acampaba el ejército, que viendo se acercaba el todo del ejército de los aliados, el rey Felipe, sin perder tiempo, montó a caballo, dejando la comida, y todo el ejército se puso en marcha. Los aliados perdieron hasta 100 hombres. Quedó prisionero y herido el teniente coronel Mr. de Colbert, de Dragones Reales, que le dejaron en Peñalba. Quedaron heridos el capitán don Gregorio Zamora, del regimiento de Aragón, y los capitanes agregados al regimiento de Morrás, don Luis Cantó, valenciano, y

don Luis de la Peña, castellano. Murió el sargento mayor agregado don Jerónimo Font. Corrió la voz que don Pablo Jiménez de Novallas, que fue de aventurero, era muerto. Fue falsa, porque viéndose cortado atravesó entre los escuadrones de los enemigos, porque se halló a la frente de los primeros que fueron atacados, y salió por la retroguardia. Mandaba los primeros escuadrones de los aliados el coronel don Luis Arroyo. Los aliados, han dicho, no perdieron ningún estandarte. El rey Felipe mandó publicar este reencuentro con gran ventaja, y al llegar la noticia a Madrid el 17 de agosto la reina pasó a la Virgen de Atocha y asistió al tedéum. En Madrid y otras ciudades hicieron tres días de luminarias. Mr. Limiers (t. 6, f. 502) y el anónimo de la *Claive du cabinet des princes* (f. 235) (a) en poco diferencian sus relaciones de la que refiere Mr. de Quincy (t. 6, f. 421), que incluímos, y otra escrita de un oficial del ejército a Madrid; otra, de un oficial de los aliados, que es como se lee al fin (núms. 8, 9 y 10). (b)

Los aliados prosiguieron la marcha, acamparon en Peñalba en el mismo terreno que dejó el rey Felipe. Hallaron algún bagaje y parte de la comida que debía servir al rey Felipe.

- [41v] Éste sufrió una larga y calurosa marcha, haciendo cortas mansiones. Llegó a Osera, donde el 16 muy tarde llegó el marqués de Bay con el príncipe Tserclaes-Tilly. El rey dio licencia al marqués de Villadarias de retirarse. Al poner el bastón del mando a los pies del rey le representó no fiase sus fuerzas a una batalla, porque el ejército estaba consternado y fatigado y era inferior al de los aliados. La noche de este día llegó el ejército cerca del río Gállego. El 17 prosiguió la marcha, se acampó a la otra parte de Villafranca, entre el Gállego y el Ebro; la derecha a este río, la izquierda tenía a la retroguardia una altura, situación ventajosa. A la una de la tarde se empezaron a descubrir partidas de los aliados. Bay acercó el ejército a Zaragoza. Reparóse la escasez con abundantes víveres. El cansancio del ejército era mucho, la penuria que había padecido, igual. Estos dos invencibles enemigos abultaban por entonces ser inhábiles al combate, vencidas, antes de la pelea, de la fatiga y penuria. La ciudad de Zaragoza proveyó por tres días todo el ejército de pan, vino y carne. Don Vicente Bacallar (1) dice: El 18 puso el rey su campo entre Gállego y el Ebro, junto a Zaragoza, y aunque se reparó el ejército con abundantes comestibles, era tal la aprehensión que le poseía que estaban para cualquier función inhábiles, creyendo por sólo pánico terror ser vencidos si se daba la batalla, y esparcían voces ser destinada víctima aquel ejército a la política del rey de Francia para que, vencido, diese honroso pretexto al rey Felipe para salir de España. El vulgo de las tropas creía ser sacrificado y los oficiales mayores lo creyeron, viendo que, contra el parecer de los más, mandó el de Bay ponerse en batalla, cuando por Pina había dejado pasar a los enemigos el Ebro. Mr. de Quincy (2) dice: El día 16 y 17 los dos ejércitos

(1) *Comentarios de la guerra de España*, f. 420.

(2) *Histoire militaire du règne de Louis le Grand*, t. 6, f. 422.

(a) Obra no identificada.

(b) Véanse pp. 167-169.

marcharon hacia Zaragoza. Al de España faltaba pan; los soldados, fatigados. Muchos quedaban sobre los caminos, hechos prisioneros de la fatiga y de la hambre. El rey Felipe tenía calentura. Pasó a Zaragoza. El día 16 al 17 dejó el mando

[42r] Villadarias y lo tomó el de Bay, que hizo acampar entre Osera y Villafranca: la derecha, al Ebro y la izquierda a una montaña, cubierta de un barranco, donde se detuvo. El 18 hizo revista: halló 17.000 hombres. La caballería, muy fatigada. El 18 el rey Felipe hizo pasar el puente de Zaragoza a cuatro regimientos de caballería y pasó el río para ir a acampar a media hora de Zaragoza.

El rey Carlos en la marcha sufrió la falta de víveres, lo caluroso de la estación y árido del país, pero superó inconvenientes y prosiguió en seguir sus contrarios. Sirvieron a entrambos ejércitos para mitigar la sed y hambre las uvas. Los aliados tomaron sobre la marcha 1435 prisioneros, enfermos o rendidos del cansancio. El 18 ocupó el rey Carlos el campo de Osera, que dejó el rey Felipe, y descansó un poco en Villamayor. Llegó la vanguardia del ejército cerca de Zaragoza, encontró tropas del rey Felipe apostadas con 12 cañones en los desfiladeros. El ejército hizo alto cerca de Osera, dejando el desfiladero. Poco tardaron en formar puentes sobre la derecha, aplicándose toda la noche del 18 al 19 hacia a la parte de Pina, marchando cerca de la Cartuja. La caballería pasó a vado, (a) que no juzgó el de Bay vadeable el río. Porque así le informaron todos los paisanos, e hizo tantearlo, pero le ocultaron el vado, aunque si su caballería hubiera corrido las orillas lo hubiera advertido. En este tiempo el rey Felipe mandó pasar su ejército sobre el puente de Zaragoza el Ebro y el río Gállego, y se acampó en el monte Torrero. No fue poca la crítica que fiscalizó al marqués de Bay de haber dejado pasar a los aliados sin oposición el río Ebro. Autores y manuscritos dicen, lo que no es creíble, que fue con afectado descuido, para que fuese infalible la acción. Ello es cierto que el marqués de Bay fue engañado de los naturales, que muchos en presencia de los generales llamados en el tiempo que se tenía consejo de guerra

[42v] aseguraron no podía la caballería pasar a vado, y que serían precisados a construir puentes. Esto movió al de Bay a hacer descansar aquella fatigada caballería y reservó hacer batir por crecidos cuerpos de caballería las orillas del río hasta el 20 por la mañana, dando por fijo que aquella noche el ejército aliado no podía pasar el río, y que la mañana del 20, hallando dividido el ejército en el tránsito, lograría favorable acción. Toda la noche el ejército se mantuvo en descanso sobre las armas, provisto de abundantes comestibles. El de Bay vio al amanecer (no sin turbación) el ejército aliado formado a la otra parte del río. Consideró entonces más ventajoso esperarle. Túvose consejo de guerra delante del rey Felipe. El duque de Abré hizo relación del modo que estaba apostado el aliado ejército. Los más fueron de sentir de retirarse aunque se hubiese de abandonarse el reino de Aragón, marchando a las fronteras de Castilla y Navarra, refrescar y

(a) ¿nado?

descansar allí el ejército y esperar los refuerzos que marchaban de Extremadura, fundados en que los aliados eran 24.000 y su ejército, 20.000. Consideróse arriesgada la retirada por el cansancio de las tropas que, abandonando Zaragoza, en las largas jornadas que debía hacer el ejército ya cansado se disminuiría más que en una batalla. Creyeron que con la grande ventaja del terreno, recobrada un poco la tropa con copiosos víveres, sería favorable la acción. Este fue el sentir de Bay, al que inclinó el rey Felipe. Persuadiendo el de Bay ser inevitable el combate, desde luego mudó en algún modo el plano; formó el ejército: la izquierda, al Ebro, dejando Zaragoza atrás, presidiado su fuerte; la derecha, tras unas colinas. Previó la incertidumbre del suceso, mandó marchar la mayor parte del bagaje camino de Castilla y Navarra, y al mismo tiempo 800 caballos a la orden del duque de Prato Ameno a ocupar Daroca, 15 leguas de Zaragoza, camino de Madrid.

Los aliados, pasado el Ebro, quitaron los puentes. Este dictamen fue

[43r] del rey Carlos, dando a entender al ejército con esta demostración que era menester vencer o morir, pues era como imposible la retirada vadeando el río, e igualmente dificultoso transitar país tan llano hasta la Cataluña faltando sobre la carrera víveres, consumidos de los dos ejércitos. La situación del campo del rey Felipe era la más ventajosa y bien ordenada. Al reconocerle, Starhemberg dijo: «Se conoce que hay hábil general que manda aquel ejército porque se ha apostado como debía». El ejército estaba formado en el monte Torrero. El espacio era desigual y cortado, levantado a trechos (por eso le llaman Torrero), difícil de pisar para la infantería, porque está como sembrado de piedras. Casi al medio tiene un gran barranco, que llaman de la Muerte, desde que, según se refiere, se dio allí en lo antiguo una derrota a los moros. La infantería de la izquierda apostada a los huertos de Santa Eugenia, favorecida del terreno y paredes; el ejército, formado en dos alas de la caballería; los escuadrones de la derecha, hacia el pie de una colina, donde estaba la infantería; a la izquierda, ocho batallones, que se extendían en un llano, y al cabo había unas líneas. La derecha regía el teniente general José Acroy, duque de Abré, los tenientes generales Mahoni y Amézaga; la izquierda, el teniente general don José Armendáriz y el príncipe Tserclaes-Tilly; al centro se apostó el marqués de Bay con el teniente general Sello. Consistía entonces el ejército en 44 batallones y 70 escuadrones diminutos. Los aliados se formaron en dos líneas al opuesto de las Dos Coronas, y franqueaban con 2000 infantes la derecha, que se extendía hasta el convento de la Cartuja, dudando que la opuesta línea prevaleciese. En la primera línea de la derecha mandaba la infantería el teniente general barón Wetzel; la caballería, el conde de la Atalaya. En la primera línea de la izquierda, la infantería al cargo del general Bellcastell; la caballería, el teniente general don Diego Stanhope. Consistía

[43v] el ejército en 42 batallones, 46 escuadrones diminutos. Los dos ejércitos ocupaban el terreno de las huertas de Santa Engracia, entre el castillo y puertas de la ciudad de Zaragoza, que se llama campo de Miraflores, barranco de la Muerte y monte Torrero. De estas situaciones ocupaba el rey Felipe las más ventajosas. Amaneció el día 20 de agosto y empezaron los aliados el disparo de la artillería, y luego se siguió la de sus contrarios. Sólo faltaba el señal para empezar la